El *Post-Scriptum Definitivo No Científico a Las Migajas Filosóficas* termina firmado con las iniciales J.C. de Johannes Climacus. Inmediatamente a continuación hay otro título que encabeza unas tres o cuatro páginas, esta vez firmadas por Sören Kierkegaard, que dicen así:

UNA PRIMERA Y ÚLTIMA EXPLICACIÓN

Formalmente y por amor a la regularidad reconozco aquí, cosa que es difícil que alguien tenga interés en saber, que yo soy, como se dice, el autor de *Aut-Aut* (Víctor Eremita), Copenhague, febrero 1843; *Temor y Temblor* (Johannes de Silentio), 1843; *La Repetición* (Constantin Constantius), 1843; *El Concepto de la Angustia* (Vigilius Haufniensis), 1844; *Los Prefacios* (Nicolaus Notabene), 1844; *Las Migajas Filosóficas* (Johannes Climacus), 1844; *Los Estadios en el Camino de la Vida* (Hilarius Bogbinder, Willian Afham, El Asesor, Frater Taciturnus), 1845; *El Post-Scriptum Definitivo a Las Migajas Filosóficas* (Johannes Climacus), 1846; un artículo en la revista "Faedrelandet", Nº 1168, 1843 (Víctor Eremita); dos artículos en "Faedrelandet", enero 1846 (Frater Taciturnus).

Mi pseudonimia o polionimia no tiene una razón casual en mi persona (ciertamente no por temor a un castigo por parte de la ley, porque respecto de esto tengo conciencia de no haber infringido ninguna ley, y por lo demás tanto el impresor como el censor qua oficial público, contemporáneamente a la publicación del escrito siempre han sido informados oficialmente sobre quién era el autor), sino una razón esencial en la misma producción, la cual a causa del estilo de la réplica, de la variedad psicológica de las diferencias individuales, exigía desde el punto de vista poético el desprejuicio en el bien y en el mal, en la contrición y en la disipación, en la desesperación y en la arrogancia, en el sufrimiento y en la exultación, etc.: indiferencia que no está limitada idealmente más que por la coherencia psicológica, que ninguna persona en carne y huesos podría o querría permitirse en la limitación moral de la realidad. Por lo tanto, todo lo que está escrito es realmente mío, pero sólo en cuanto yo pongo en boca de la personalidad poética real del autor su concepción de la vida, como puede escucharse en las réplicas de respuesta, porque mi relación con la obra es aún más exterior que la de un poeta que crea personajes, y sin embargo es él mismo el autor. Yo soy, en efecto, impersonal o personalmente en tercera persona un apuntador que ha producido poéticamente autores cuyos Prefacios son también producción de ellos, así como lo son sus propios nombres. Por eso, no hay en los libros

pseudónimos ni siquiera una sola palabra que sea mía; yo no tengo de ellos ninguna opinión sino como tercera persona, ningún conocimiento de su importancia sino como cualquier lector, ni siquiera la más lejana relación privada con ellos, dado que sería imposible tenerla con una comunicación doblemente refleja. Una sola palabra de mi parte, dicha personalmente a mi nombre, sería un presuntuoso olvido de mí mismo que me habría hecho responsable con esta única palabra, desde el punto de vista dialéctico, de haber aniquilado esencialmente a los pseudónimos. Del mismo modo que yo no soy, en Aut-Aut, el seductor más bien que el asesor, así no soy el editor Víctor Eremita, precisamente del mismo modo; él es un pensador subjetivo poético-real, como se lo vuelve a encontrar en In vino veritas. En Temor y temblor yo no soy Johannes de Silentio como no soy el caballero de la fe que él presenta, y del mismo modo no soy el autor del prefacio del libro, la cual es la réplica de la individualidad de un pensador subjetivo poético-real. En la historia del sufrimiento (¿Culpable-No culpable?) yo no soy ni el Quidam del experimento ni el experimentador, porque el experimentador es un pensador subjetivo poético-real y lo experimentado es su exposición en la lógica psicológica. De esta manera, yo soy el indiferente, es decir, es indiferente lo que yo soy y cómo soy, precisamente porque a esta obra no le interesa en absoluto la cuestión de si también en mi interior es indiferente para mí lo que soy y cómo lo soy. Por eso, lo que de otra manera en muchas empresas dialécticamente no reduplicadas podría tener su feliz importancia en un buen acuerdo con el cuidado de un personaje eminente, no tendría aquí, en lo que respecta al padre adoptivo de una obra, quizá no sin relevancia, más que un efecto de estorbo. Mi facsímil, mi retrato, etc. sería como la cuestión de si uso sombrero o casco, es decir, no podría llegar a ser objeto de atención sino para aquellos para quienes lo indiferente se ha vuelto importante - tal vez como compensación por el hecho de que para ellos lo importante se ha vuelto indiferente. Desde el punto de vista jurídico y literario la responsabilidad es mía[1], pero en un sentido dialéctico lato, he sido yo quien ha dado la ocasión de escuchar esta obra en el mundo de la realidad, el cual naturalmente no puede ocuparse de escritores poético-reales y por eso, con perfecta coherencia y con pleno derecho, desde el punto de vista jurídico y literario, se atiene a mí. Desde el punto de vista jurídico y literario, porque toda producción poética se habría vuelto eo ipso imposible o bien insignificante e insoportable si la réplica

[1] Por esta razón, mi nombre inmediatamente fue colocado como editor en la tapa de las Migajas filosóficas (1844), porque la importancia absoluta del objeto en la realidad exigía la expresión de una debida atención, que aquí hubiera un responsable señalado con su nombre para asumir la responsabilidad de todo lo que la realidad podía ofrecer.

debiera ser la propia palabra (en sentido directo) del autor. Mi deseo y mi ruego es, por lo tanto, que si a alguien se le pasara por la mente citar algún pasaje de estos libros, tenga la cortesía de citar con el nombre del pseudónimo respectivo, no con el mío, es decir que divida las cosas entre nosotros de modo que la expresión pertenezca femeninamente al pseudónimo y la responsabilidad desde el punto de vista civil, a mí. Desde el principio, he visto y veo muy bien que mi realidad personal es causa de una incomodidad que los pseudónimos desde el punto de vista patético independiente deberían desear eliminar: cuanto antes, tanto mejor, o bien volverlo insignificante en cuanto fuera posible, incluso tratando con irónica atención de conservarlo como resistencia repulsiva. En efecto, mi relación con ellos es la unidad de un secretario y, lo que es bastante irónico, del autor dialécticamente reduplicado o de los autores. Por eso, quien hasta ahora se preocupó por el tema, antes de que apareciera esta explicación, me ha tomado sin duda por autor de mis libros pseudónimos; ciertamente la explicación causará en el primer momento el extraño efecto de que en tanto que debería saberlo mejor que nadie, en cambio soy el único que no me considero autor más que de un modo muy dudoso y ambiguo; porque yo no soy el autor más que en un sentido impropio, mientras que soy, de un modo completamente propio y directo, por ejemplo, el autor de los Discursos edificantes y de toda palabra en ellos contenida. El autor creado poéticamente tiene su determinada concepción de la vida y la réplica que entendida así podría estar eventualmente plena de significado, graciosa, estimulante, ¡quién sabe si tal vez en boca de un hombre real particular no tendría un sonido extraño, ridículo, repugnante!

Si de este modo alguien que no tiene familiaridad con el efectivo proceder de una idealidad que impone distancia, se lanza contra mi personalidad real por un malentendido, ha arruinado por sí mismo la impresión de mis libros pseudónimos; si ése se ha engañado a sí mismo, realmente se ha engañado a sí mismo adhiriéndose a mi realidad personal en lugar de danzar con la idealidad ligera doblemente refleja del autor poético-real; si ése se ha engañado y logrado, con un indiscreto paralogismo y de un modo insulso, aislar mi singularidad privada de la duplicidad dialéctica inaprensible de los contrastes cualitativos: en verdad la culpa no es mía, yo que justamente por conveniencia e interés en la pureza de la relación hice lo mejor de mi parte, hice de todo para impedir lo que una curiosa porción de lectores, Dios sabe en interés de quién, hizo de todo desde un principio para llegar a obtener.

La ocasión parece invitar a esto, sí, parece casi exigirlo hasta de parte del recalcitrante: por eso, quiero aprovechar para hacer una declaración abierta y directa, no

como autor, porque evidentemente no lo soy, sino en calidad de alguien que ha trabajado en forma tal que los pseudónimos pudieran llegar a serlo. Antes que nada, quiero agradecer a la Providencia que de muchas maneras ha favorecido mi aspiración, la ha favorecido casi sin siquiera un día de interrupción durante cuatro años y un cuarto y me ha concedido mucho más de lo que de todos modos habría esperado, aun cuando pueda darme testimonio de haber empeñado en esto mi vida con el extremo de mis fuerzas: mucho más de lo que habría esperado, aun cuando lo que he realizado pueda aparecer ante los otros como una prolija tontería. De este modo, mientras agradezco a la Providencia desde lo íntimo del corazón, no me parece que pueda molestar el hecho de que no se puede decir que yo no haya realizado algo; o bien, lo que es aún más indiferente, que yo haya obtenido algo en el mundo exterior. Me parece que, desde el punto de vista de la ironía, que está en el orden de las cosas, dado el carácter de mi producción y la ambigüedad de mi paternidad de autor, que al menos el honorario ha sido más bien socrático.- En segundo lugar, después de haber pedido anticipadamente humildes disculpas e indulgencia, si debiera parecer inoportuno que yo hable de este modo, a alguien que quizá luego encontrara inoportuno que yo dejara de hacerlo, quiero con memorioso reconocimiento recordar a mi padre difunto, el hombre a quien debo más que a todos, también en lo que respecta a mi trabajo.- Con esto me separo de los pseudónimos con los buenos augurios de la duda por su futuro destino, que esto, si les fuera favorable, sea precisamente lo que ellos puedan desear: yo los conozco, creo, por haberlos frecuentado confidencialmente y sé que no pueden esperar o desear muchos lectores: que Dios les conceda la fortuna de poder encontrar los pocos que desean.- A mi lector, si puedo hablar de un hombre tal, querría pedir de paso un olvidable recuerdo, un signo de que él se acuerda de mí, es decir, que se acuerda de mí como de quien no tiene nada que ver con estos libros, como nuestra relación impone: por eso, le ofrezco sinceramente aquí en el momento del adiós la expresión de mi estima, del mismo modo en que agradezco muy vivamente a quien ha mantenido silencio, y agradezco con profunda reverencia a la empresa Kts -por haber hablado.

Si, por otra parte, los pseudónimos hubiesen ofendido de algún modo a alguna persona respetable o bien a algún hombre que yo también admiro; si los pseudónimos de algún modo hubiesen impedido o vuelto ambiguo algo realmente bueno en el estado presente: en este caso nadie está más dispuesto que yo, que tengo la responsabilidad del uso de la pluma de otro, a presentar sus disculpas. Lo que conozco de los pseudónimos no me autoriza naturalmente a hacer alguna declaración, sino que ni siquiera justifica alguna duda sobre su consenso, puesto que su importancia (cualquiera que ésta realmente sea) no consiste en

absoluto en hacer alguna nueva propuesta, algún descubrimiento inaudito, o bien en fundar un nuevo partido y en querer ir más allá; sino precisamente en lo contrario, es decir, en no querer tener ninguna importancia, en querer leer en soledad -en la distancia que es la lejanía de la reflexión doble- la escritura primitiva de la situación existencial humana, el texto antiguo, conocido y transmitido por los padres, en querer releerlo una vez más posiblemente de un modo más interior.

Y ahora Dios no permita que un improvisador se ponga a practicar dialéctica con este trabajo, sino que lo deje así como es.

S. Kierkegaard - Copenhague, febrero 1846